

no había llegado aún, y era preciso que todo el mundo se pusiere antes de acuerdo. Así que se decían al oído:

—¿No sabe usted?

—Sí.

—¿Bousquier?

—Y la hermosa Susana.

—¿Sabe algo la señorita Cormón?

—No.

—¡Ah!

Tal era el *piano* del chisme cuyo *rinforzando* iba á estallar tan pronto como se entrase en el primer plato. De pronto, el señor de Valois observó que la casa de la señora Gransón rebosaba alegría. ¿Sería originado esto por el afán de comenzar el concierto? Aunque semejante noticia fuese una especie de mina de oro en medio de la vida monótona de aquellas personas, el desconfiado y observador caballero creyó reconocer en aquella buena mujer la expresión de un sentimiento más intenso, algo así como la alegría causada por el triunfo de un interés personal.

Inmediatamente, se volvió para examinar á Atanasio, y lo sorprendió sumido en el silencio significativo de una concentración profunda. Casi en seguida, una mirada dirigida por el joven al talle de la señorita Cormón, que se parecía á dos timbales de regimiento, iluminó el alma del caballero permitiéndole entrever todo el pasado.

—¡Ah, diantre! —se dijo— ¡qué hachazo estoy expuesto!

El señor de Valois se aproximó á la señorita Cormón para ofrecerle su brazo y acompañarla al comedor. La solterona tenía al caballero en gran consideración, porque su nombre y el lugar que ocupaba entre las constelaciones aristocráticas del departamento constituía el adorno más brillante de su salón. En su fuero interno, la señorita Cormón hacía ya doce años que deseaba ser la señora de Valois. Este nombre era como la rama que contenía como hojas la nobleza, la condición y las cualidades exteriores de un partido; pero si el caballero de Valois era el hombre escogido por el corazón, por la cabeza y por la ambición, aquella antigua ruina, aunque peinada como el San Juan de una procesión, asustaba á la señorita Cormón, que, si bien veía en él un hidalgo, no podía percibir el marido. La indiferencia afectada por el caballero en materia de matrimonio y, sobre todo, la pretendida pureza de sus costumbres en una casa llena de mucha-

chas jóvenes, hacía un daño enorme al señor de Valois, aunque él no lo creyese así. Este hidalgo, que había visto tan claro en la cuestión de la renta vitalicia, se engañaba en esto. Sin que la señorita Cormón se diese cuenta siquiera, sus pensamientos podían traducirse en esta frase: *¡Qué lástima que no sea un poco libertino!* Los observadores del corazón humano han notado la afición que tienen las devotas á los malos sujetos, asombrándose de este gusto que les parece opuesto á la virtud cristiana. En primer lugar, ¿qué mejor porvenir para la mujer virtuosa que el purificar, á la manera del carbón, las turbias aguas del vicio? ¿Pero cómo no se ha visto que esas nobles criaturas, reducidas por la rigidez de sus principios á no infringir nunca la fidelidad conyugal, tienen que desear naturalmente un marido de gran experiencia práctica? Los malos sujetos son grandes hombres en amar; de suerte que la pobre solterona gemía al encontrar su urna de elección rota en dos pedazos. Dios sólo podía soldar al caballero de Valois y á Bousquier. Para hacer comprender bien la importancia de las pocas palabras que el caballero y la señorita Cormón iban á decirse, es necesario exponer dos graves asuntos que se discutían en la villa, acerca de los cuales estaban las opiniones divididas y en los que Bousquier estaba mezclado. La una concernía al cura de Alençon, que había prestado juramento constitucional y que vencía á la sazón las repugnancias católicas desplegando las más altas virtudes. Este sacerdote fué un nuevo Cheverus tan apreciado, que á su muerte la villa entera lo lloró. La señorita Cormón y el abate Sponde pertenecían á esa pequeña Iglesia, sublime en su ortodoxia y que fué á la corte de Roma lo que los ultras iban á ser á Luis XVIII. El abate, sobre todo, no reconocía á la Iglesia que había transigido á la fuerza con los constitucionales. Este cura no era recibido en la casa Cormón, cuyas simpatías habían sido conquistadas por el capellán de San Leonardo, parroquia aristocrática de Alençon. Bousquier, aquel liberal furibundo oculto bajo la capa del realista, sabía lo mucho que convenía fomentar las discordias y había logrado agrupar las simpatías de la clase media en torno de este cura. He aquí ahora el segundo asunto. Por inspiración secreta de este grosero diplomático, nació en Alençon la idea de construir un teatro. Los seides de Bousquier no conocían á su Mahoma, y por lo tanto se mostraban más entusiastas creyendo defender su propia concepción.

Atanasio era uno de los partidarios más calurosos de la construcción de un teatro y hacía algunos días que pleiteaba en las oficinas de la alcaldía por esta causa, que había sido abrazada por todos los jóvenes del pueblo. El hidalgo ofreció el brazo á la solterona para pasear, y ella lo aceptó, aunque no sin darle las gracias con una mirada, á la que el caballero respondió señalándole á Atanasio con aire astuto.

—Señorita, usted que juzga con tan buen sentido las conveniencias sociales y que es parienta de ese joven...

—¡Oh! sí, pero muy lejana—dijo ella interrumpiéndole.

—¿No debería usted—dijo el caballero continuando—usar del ascendiente que tiene sobre su madre y sobre él para impedir que se pierda? Es ya poco religioso y se muestra partidario del juramentado. Pero esto no es nada. Lo más grave del caso es que marcha como un aturdido por la senda de la oposición, sin saber la influencia que su conducta puede ejercer en su porvenir; intriga para la construcción del teatro, y en este asunto es víctima de ese republicano disfrazado que se llama Bousquier.

—¡Dios mío! señor de Valois—respondió la solterona,—su madre dice que tiene talento, y por otra parte yo veo que no sabe decir palabra y que se queda plantado como una estaca delante de una.

—Que no piensa en nada—exclamó el registrador de hipotecas.—Lo he cogido al vuelo. Tengo el gusto de saludar al caballero de Valois—añadió inclinándose ante el hidalgo con esa énfasis atribuída por Enrique Monnier á José Prud'homme, admirable tipo de la clase á que pertenecía el registrador.

El señor de Valois le contestó con el saludo seco y protector del noble que se mantiene á cierta distancia, y después remolcó á la señorita Cormón hacia unos tiestos de flores un poco apartados, á fin de hacer comprender al interruptor que no deseaba ser espiado.

—¿Cómo quiere usted que los jóvenes educados en esos liceos imperiales tengan ideas?—dijo el caballero en voz baja y al oído á la señorita Cormón.—Las grandes ideas y los hermosos amores nacen de las buenas costumbres y de los nobles hábitos. Viéndole, se adivina fácilmente que ese pobre muchacho llegará á embrutecerse por completo y morirá tristemente. ¡Véalo usted qué pálido y qué descañado está!

—Su madre afirma que trabaja demasiado—respondió

inocentemente la solterona,—que se pasa las noches leyendo y escribiendo... Pero, dígame usted, ¿qué porvenir puede procurar á un joven el escribir durante la noche?

—¡Es claro! eso lo agota—repuso el caballero procurando fijar la mente de su amada en el terreno donde esperaba inspirarle horror hacia Atanasio.—Las costumbres de esos liceos imperiales eran verdaderamente horribles.

—¡Oh! sí—dijo la ingenua señorita Cormón.—¿No los llevaban á pasear con una banda de tambores á la cabeza? Sus maestros no tenían más religión que los paganos, y vestían á esos pobres muchachos de uniforme, enteramente lo mismo que si fueran soldados.

—Sí; y ahí tiene usted lo que son sus productos—dijo el caballero señalando á Atanasio.—En mi tiempo, nunca se hubiera avergonzado un joven de mirar á una mujer bonita. ¡Y él baja los ojos cuando la ve á usted! Ese joven me asusta porque me interesa. Dígame usted que no intrigue con los bonapartistas como lo hace en pro de ese teatro, pues cuando esos jóvenes dejen de pedirlo insurreccionalmente, la autoridad lo construirá. Además, dígame usted á su madre que vele por él.

—¡Oh! estoy segura de que en lo sucesivo le impedirá que se roce con esa gentuza—dijo la señorita Cormón.—Voy á hablarle en seguida, porque podría perder el destino que tiene en el Ayuntamiento, y entonces, ¿de qué vivirían él y su madre? Sólo el pensarlo me hace temblar.

Como decía el señor de Talleyrand de su mujer, el caballero se dijo para sus adentros mirando á la señorita Cormón:

—¿Dónde encontrar otra más tonta? ¡A fe de noble, que la virtud que así quita la inteligencia, no es más que un vicio! Pero ¡qué adorable mujer para un hombre de mi edad! ¡qué principios! ¡qué ignorancia!

Tened en cuenta que este monólogo, dirigido á la princesa Goritz, lo hizo el caballero de Valois al mismo tiempo que se preparaba una toma de rapé.

La señora Gransón había adivinado que el caballero hablaba de Atanasio, é impaciente por conocer el resultado de aquella conversación, siguió á la señorita Cormón, que se dirigía hacia el joven; pero en este momento Jacobito se presentó á anunciar que la mesa estaba puesta, y la solterona llamó entonces al caballero con una mirada. El galante registrador de hipotecas, que empezaba á ver en los modales del

hidalgo la barrera que los nobles de provincias levantaban por entonces entre ellos y la burguesía, aprovechó la ocasión que tenía de molestar al caballero, y presentando su brazo á la señorita Cormón, que estaba cerca de él, la condujo al comedor. El caballero se apresuró por política á ofrecer el suyo á la señora Gransón.

—La señorita Cormón—le dijo el caballero, que marchaba con lentitud después de todos los convidados—tiene un gran interés por su querido Atanasio; pero este interés está debilitado por las faltas del hijo de usted, que es irreligioso, liberal, intriga por ese teatro, se junta con los bonapartistas y se interesa por el cura constitucional. Esta conducta puede hacerle perder su destino en el ayuntamiento. Ya sabe usted el gran cuidado que tiene el gobierno del rey en librarse de ciertos elementos; y ¿dónde encontraría un empleo Atanasio después de destituido?

—Señor caballero, quedo á usted sumamente agradecida—dijo la pobre madre asustada.—Tiene usted razón, mi hijo es juguete de algún intrigante, y ya me cuidaré yo de advertírselo.

Con una sola mirada el caballero había penetrado hacia ya tiempo la naturaleza de Atanasio, y había reconocido en él al elemento poco maleable de las convicciones republicanas que con tanto ardor abraza la juventud. Enamorados de esa palabra *libertad* tan mal definida, pero que, para las gentes desdeñadas, es una bandera de revolución, ciertos hombres la aceptan siempre, ya que para ellos la revolución es la venganza. Atanasio debía persistir en su fe, ya que sus opiniones estaban tejidas con sus dolores de artista y con sus amargas contemplaciones del estado social. El ignoraba que á los treinta y seis años, época en que el hombre ha juzgado á los hombres, á las relaciones y á los intereses sociales, las opiniones, por las que ha sacrificado uno su porvenir, tienen que modificarse en todos los hombres verdaderamente superiores. Permanecer fiel á la extrema izquierda de Alençon era ganar la aversión de la señorita Cormón, y en esto el caballero no se engañaba. Así es que aquella sociedad tan apacible aparentemente, estaba tan intestinamente agitada, como pueden estarlo los círculos diplomáticos, donde la astucia, la habilidad, las pasiones y los intereses se agrupan en torno de las cuestiones más graves entre imperio é imperio.

Los convidados rodearon, al fin, aquella mesa cargada de provisiones, y todo el mundo comía como se come en provincias, sin vergüenza de tener apetito, y no como en París, donde parece que las mandíbulas se mueven sujetas á leyes contrarias que se toman el trabajo de desmentir las leyes de la anatomía. En París se come con las puntas de los dedos y parece que se escamotea el placer; mientras que en provincias las cosas pasan naturalmente y la existencia se concentra tal vez demasiado en ese medio grande y universal de existencia á que Dios ha condenado á sus criaturas.

Al final del primer plato fué cuando la señorita Cormón tuvo la más célebre de sus *salidas*, y decimos la más célebre porque se habló de ello más de dos años y la cosa se cuenta aún en las reuniones del vecindario de Alençon cuando se habla de su matrimonio. La conversación, que pasó á ser muy movida y animada en el momento en que se atacaba al último plato, versó, como era natural, acerca del cura juramentado y de la cuestión del teatro. Llevados del primer fervor por el realismo, aquellos que más tarde recibieron el nombre de jesuitas del país, querían expulsar al abate Francisco de su curato, y Bousquier, reputado por el señor de Valois de ser el sostén de este sacerdote y el promovedor de esta intriga, era allí acusado sin abogado que le defendiese. Atanasio, único convidado que tenía franqueza suficiente para apoyar á Bousquier, no se encontraba en situación de emitir sus ideas delante de aquellos potentados de Alençon, que, por otra parte, le parecían estúpidos. Los jóvenes de provincias, son los únicos que guardan cierta actitud respetuosa delante de las gentes de cierta edad, sin atreverse tampoco nunca á contradecirles con energía. La conversación, atenuada por los efectos de un delicioso pato con aceitunas, languideció, y la señorita Cormón, deseosa de luchar contra sus patos, quiso defender á Bousquier al ver que lo calificaban de pernicioso é intrigante artesano, capaz de *batir montañas*.

—Yo creía que el señor de Bousquier no se cuidaba más que de niñerías—dijo ella.

En las circunstancias presentes, esta frase tuvo un éxito prodigioso. La señorita Cormón obtuvo un gran triunfo: hizo caer á la princesa Goritza de narices contra la mesa. El caballero, que no esperaba una salida ingeniosa de su dulcinea, quedó tan maravillado, que en principio no encontró bastan-

tes palabras para elogiarla y la aplaudió sin ruido, como se aplaude en los Italianos, ó sea simulando un aplauso con la punta de los dedos.

—¡Es admirablemente ingeniosa!—dijo el caballero á la señora Gransón.

—¡Oh! tratada íntimamente es encantadora—respondió la viuda.

—Señora, íntimamente todas las mujeres tienen gracia—repuso el caballero.

Una vez apaciguada esta risa homérica, la señora Cormón preguntó la razón de su éxito, y entonces comenzó el chisme á toda orquesta. Bousquier fué presentado como un indigno solterón, como un monstruo que hacía quince años que llenaba por sí sólo la inclusa; ¡la inmoralidad de sus costumbres se revelaba al fin y era ciertamente digna de sus saturnales parisienses! etc., etc. Dirigida por el caballero de Valois, que era en este género el director de orquesta más hábil del mundo, la overtura de la murmuración fué magnífica.

—Yo no sé por qué un Bousquier no se ha de poder casar con una señorita Susana... *no sé qué, ¿cómo la llaman ustedes? ¿Susete?*—dijo el caballero de Valois afectando indiferencia.—Aunque vivo en casa de la señora Lardot, no conozco á esa muchacha más que de vista. Si esa Susana es una muchacha alta y guapa, de ojos grises, pie pequeño y hermoso talle, pero cuyo andar me ha parecido muy insolente, es muy superior en modales á Bousquier. Además, Susana tiene la nobleza de la belleza, y desde ese punto de vista ese matrimonio sería para ella un mal enlace. Ya saben ustedes que el emperador José tuvo la curiosidad de ver á Luciana, la Du Barry, y que como al ofrecerle el brazo titubease en aceptarlo por creerlo excesivo honor para ella, el emperador le dijo: «La belleza será siempre reina». Noten ustedes que esto fué dicho por un alemán de Austria—añadió el caballero.—Pero, créanme ustedes, la Alemania, que pasa aquí por ser nación muy rústica, es un país de noble caballería y de hermosos modales, sobre todo en Polonia y Hungría, donde se encuentran...

Al llegar á este punto de su relato, el caballero se detuvo, temiendo caer en una alusión á su dicha personal; tomó lentamente su tabaquera y confió el resto de su anécdota á la princesa, que le sonreía hacía treinta y seis años.

—Era frase muy delicada para Luis XV—dijo Ronceret.

—¡Pero si creo que se hablaba del emperador José!—repuso la señorita Cormón con aire sabihondo.

—Señorita—dijo el caballero al ver al presidente, al notario y al registrador cambiando miradas maliciosas,—la señora Du Barry era la Susana de Luis XV, y esta circunstancia, que es demasiado conocida por los malos sujetos como nosotros, no debe ser sabida por las jóvenes. Su ignorancia prueba que es usted un diamante sin tacha y que ni siquiera le alcanzan las corrupciones históricas.

El abate Sponde miró cariñosamente al caballero de Valois é inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—¿No conoce la historia la señorita?—preguntó el registrador.

—¿Cómo quieren ustedes que yo sepa su historia, si mezclan á Luis XV y á Susana?—respondió angelicamente la señorita Cormón, satisfecha de ver vacías las fuentes de los patos y la conversación tan reanimada, que al oír esta última frase todos los convidados reían á mandíbula batiente.

—¡Pobrecilla!—dijo el abate Sponde.—Cuando ocurre una desgracia, la caridad, que es un amor divino tan ciego como el amor pagano, no debe indagar la causa. Sobrina, tú eres presidenta de la Sociedad Materna, y hay que socorrer á esa muchacha, que difícilmente encontrará marido.

—¡Pobrecilla!—dijo la señorita Cormón.

—¿Creen ustedes que Bousquier se casará con ella?—preguntó el presidente de audiencia.

—Si fuese hombre honrado, debería hacerlo—dijo la señora Gransón.—Pero, á decir verdad, creo que mi perro tiene costumbres más decentes.

A los postres se volvió á tratar de Bousquier, el cual dió lugar á mil lindezas que el vino contribuyó á hacer fulminantes. Impulsados por el registrador, cada uno respondía á un equívoco con otro. Así, Bousquier era *un padre severo*, —*un padre villano*, —*un padre silbado*, —*un padre verde*, —*un padre redondo*, —*un padre debido*, —*un padre sicario*; —no era *ni padre*, *ni alcalde*, *ni reverendo padre*, ni era tampoco *padre conscrito*.

—Tampoco es un *padre nutricio*—dijo el abate Sponde con una gravedad que contuvo las risas.

—Ni un *padre noble*—repuso el caballero de Valois.

La Iglesia y la nobleza habían descendido al terreno del equívoco, conservando toda su dignidad.

—¡Silencio!—dijo el registrador de hipotecas—porque oigo chillar las botas de Bousquier.

Ocurre casi siempre que el hombre ignora los rumores que corren acerca de él, y que una villa entera le calumnia y le tiraniza sin que él sepa nada, si no tiene amigos. Ahora bien, el inocente Bousquier, que pretendía ser culpable y deseaba que Susana no hubiese mentido, no supo nada acerca de cuanto de él se decía, nadie le habló de las revelaciones de Susana y todo el mundo juzgaba inconveniente interrogarle acerca de uno de esos asuntos en que el interesado posee á veces secretos que le obligan á guardar silencio. Bousquier se presentó, pues, muy insinuante y un tanto infatuado cuando la reunión se trasladó á tomar café del comedor al salón, donde había ya algunas personas que iban á pasar la velada. Llena de vergüenza, la señorita Cormón no se atrevió á mirar siquiera al terrible seductor, y se había apoderado de Atanasio, al cual moralizaba haciéndole extrañas consideraciones sobre la moral realista y la moral religiosa, y como el pobre poeta no poseía, como el caballero de Valois, una tabaquera adornada de una princesa para recibir con calma aquellas duchas de necedades, escuchaba con aire estúpido á la que adoraba, contemplando su monstruoso cuerpo, que conservaba ese reposo absoluto, atributo de las grandes masas. Sus deseos le producían una especie de embriaguez que cambiaban la vocecita clara de la solterona en dulce murmullo, y sus vulgares ideas en palabras llenas de ingenio.

El amor es un monedero falso que cambia continuamente las monedas de cobre en luises de oro y que convierte también á veces los luises de oro en cobre.

—Conque ¿me lo promete usted, Atanasio?

Esta frase final hirió los oídos del feliz joven á la manera de esos sonidos que le despiertan á uno asustado.

—¿Qué, señorita?—le respondió.

La señorita Cormón se levantó bruscamente mirando á Bousquier, el cual se parecía en este momento á ese gran Dios de la fábula que la República ponía en sus escudos; avanzó hacia la señora Gransón y le dijo al oído:

—Amiga mía, su hijo es idiota. El liceo le ha perdido—añadió acordándose de la insistencia con que el caballero de Valois había hablado de la mala educación de los liceos.

¡Qué rayo! Sin saberlo, el pobre Atanasio había tenido

ocasión de comunicar su amor á la solterona, y si la hubiese escuchado, hubiera podido hacerle comprender su pasión, pues en la situación en que se encontraba la señorita Cormón, una sola palabra hubiera bastado; pero esa estúpida avidez que caracteriza al amor joven y verdadero le había perdido.

—Pero ¿qué le has dicho á la señorita Cormón?—le preguntó la señora Gransón á su hijo.

—Nada.

—¿Nada? En fin, mañana lo sabré todo—le dijo dejando para el día siguiente los asuntos serios y dando poca importancia á aquellas palabras, ya que creía perdido á Bousquier en el concepto de la solterona.

Las cuatro mesas de juego no tardaron en estar rodeadas por diez y seis jugadores, y cuatro personas jugaron al *piquet*, que es juego muy entretenido y en el cual se puede perder mucho dinero. El señor Choisnel, fiscal de la Audiencia, y dos damas, se fueron á jugar un chaquete al cuarto de las lacas rojas, se encendieron los candelabros, y después la flor de la sociedad de la señorita Cormón fué á solazarse delante de la chimenea en las poltronas y en torno de las mesas, luego que cada nueva pareja que llegaba iba diciendo á la señorita Cormón:

—¿Conque se marcha usted mañana á Prebaudet?

—¿Qué remedio me queda?—respondía ella.

Generalmente, la dueña de la casa pareció preocupada. La señora Gransón fué la primera en echar de ver el estado poco natural en que se encontraba la solterona: la señorita Cormón pensaba.

—¿En qué piensa usted?—le dijo por fin aprovechando un momento en que quedaron solas.

—Pienso en esa pobre muchacha, y como soy presidenta de la Sociedad Materna, voy á entregarle á usted diez escudos.

—¡Diez escudos!—exclamó la señora Gransón.—¡Pero si nunca ha dado usted tanto!

—Sí, pero ¿qué quiere usted? ¿me parece tan natural tener hijos!

Esta frase inmoral, salida del corazón, dejó estupefacta á la tesorera de la Sociedad Materna. Era evidente que Bousquier había crecido en el concepto de la señorita Cormón.

—A decir verdad, Bousquier no sólo es un monstruo,

sino que es además un infame—dijo la señora Gransón.— Cuando se ha causado perjuicio á un tercero, ¿no es necesario indemnizarle? Más bien que á nosotras, le tocaba á él socorrer á esa muchacha que, después de todo, me parece una mala ficha, toda vez que tenía en Alençon hombres á quien amar mucho mejores que ese cínico Bousquier. Es necesario ser muy libertina para haberse entregado á él.

—¡Cínico! Querida mía, su hijo de usted le enseña palabras latinas que son incomprensibles. No es que yo quiera excusar al señor Bousquier; pero ¿podría usted explicarme porqué es libertina una mujer prefiriendo un hombre á otro?

—Querida prima, si usted se casase con mi hijo Atanasio la cosa sería natural, porque es guapo, joven, de porvenir y será la gloria de Alençon. Únicamente que todo el mundo creería que usted había aceptado á un hombre tan joven para ser muy feliz; las malas lenguas dirían que hacía usted provisión de dicha para no carecer de ella nunca, y habría mujeres celosas que la acusarían á usted de depravación; pero, ¿qué importa eso? la cuestión es que usted se vería amada muy de veras. Si Atanasio le parece á usted idiota, querida mía, es porque tiene demasiadas ideas; está como una niña de quince años, no se ha depravado con las impurezas de París, y los extremos se tocan. Pues bien; cambie usted los términos, como decía mi pobre marido, y verá usted que lo mismo le ocurre á Bousquier con respecto á Susana. Sólo que usted será calumniada, mientras que en la cuestión de Bousquier todo es verdad, ¿comprende usted?

—Como si me hablasen en griego—dijo la señorita Cormón, que abría enormemente los ojos y que ponía en tensión todas las fuerzas de su inteligencia.

—Pues bien, prima, ya que hay que poner los puntos sobre las íes, le diré que Susana no puede querer á Bousquier, y si el corazón no entra para nada en este asunto...

—Pero, diga usted, prima, ¿con qué se ama sino con el corazón?

Al oír esto, la señora Gransón se dijo para sus adentros, como se había dicho el señor de Valois:—Esta pobre prima mía es demasiado inocente.

—Hija mía—repuso en voz alta,—me parece que los hijos no se conciben únicamente con el espíritu.

—¿Cómo que no, querida mía? ¿y la Virgen santísima?

—¡Oh! pero Bousquier no es el Espíritu Santo.

—Es verdad—respondió la solterona,—es un hombre, y un hombre que por sus modales me parece bastante peligroso para que sus amigos le inclinen á casarse.

—Prima, usted puede lograr ese resultado.

—¿Cómo?—dijo la solterona con todo el entusiasmo de la caridad cristiana.

—No recibiéndole más hasta que haya tomado mujer. Las buenas costumbres y la religión le obligan á usted á manifestar en esta circunstancia una ejemplar reprobación.

—A mi vuelta de Prebaudet hablaremos de eso, mi querida señora Gransón, y consultaré á mi tío y al abate Couturier—dijo Rosa entrando en el salón, que en aquel momento se hallaba en el más alto grado de animación.

Las luces, los grupos de mujeres bien vestidas y el aire magistral de aquella asamblea contribuían á que la señorita Cormón se mostrase más orgullosa de su sociedad que de su aspecto aristocrático. Según muchas gentes, ni en París se veía una reunión más distinguida.

En este momento, Bousquier, que jugaba al *whist* con el señor de Valois y con las ancianas señoras de Couderai y de Ronceret, era objeto de una curiosidad sorda. Algunas jóvenes, so pretexto de verle jugar, le miraban de una manera tan extraña, aunque á hurtadillas, que el solterón acabó por creer que había tenido algún descuido al arreglarse.

—¿Tendré al revés el bisoñé?—se dijo experimentando una de esas inquietudes capitales á que están sometidos los solterones.

Y aprovechando una mala jugada que hizo al terminar un juego, dejó la mesa diciendo:

—Vaya, hoy tengo muy mala suerte y no puedo tocar una carta sin perder.

—Pero en cambio es usted afortunado en otra parte—le dijo el caballero, dirigiéndole una maliciosa mirada.

Como es natural, esta frase recorrió todo el salón, donde se comentó el tono malicioso del caballero, que era el príncipe Talleyrand del país.

—El señor de Valois se pinta solo para buscar esas frases—dijo la sobrina del cura de San Leonardo.

Bousquier fué á mirarse en el espejito oblongo que había sobre el reloj y no se vió nada de extraordinario. Después de innumerables repeticiones del mismo texto, á eso de las diez empezó á operarse la retirada. Los grupos se iban unos

hacia la calle de Bretaña y los otros hacia el barrio del Sarthe, y entonces comenzaban los mismos dichos que hacía veinte años que se repetían inevitablemente á aquella hora y por aquellas calles.

—La señorita Cormón estaba bien esta noche.

—A la señorita Cormón la he encontrado muy extraña.

—¿Cómo pierde terreno su pobre cura! ¿Han visto ustedes como duerme? Se distrae de tal modo, que á veces no sabe dónde tiene las cartas.

—Me parece que tendremos la pena de perderle.

—La noche está hermosa y mañana tendremos buen día.

—Buen tiempo para que los manzanos florezcan.

—Hoy nos ha ganado usted, pero cuando juega con el señor de Valois no le pasa lo mismo.

—¿Cuánto ha ganado él hoy?

—Esta noche ha ganado tres ó cuatro francos. No pierde nunca.

—¿Saben ustedes que el año tiene trescientos sesenta y cinco días y que á ese paso el juego le da tanto como una quinta?

—¡Ah! ¡qué jugadas ha habido esta noche!

—¿Qué suerte tienen ustedes, amigos míos, que ya están en su casa, mientras que nosotros tenemos que andar otro tanto!

—No les compadezco, porque podrían ustedes tener coche y evitarse venir á pie.

—¡Ah! amigo mío, tenemos una hija casadera y un hijo en París que nos cuesta un ojo de la cara.

—¿Sigue estudiando para magistrado?

—¿Qué quiere usted que haga? ¡Está tan mala la carrera de las armas!...

A veces, una discusión sobre las sidras ó sobre los linos, planteada siempre en los mismos términos y en las mismas épocas, se continuaba por el camino. Si algún observador del corazón humano hubiese vivido en aquella calle, habría sabido siempre en qué mes estaba, oyendo aquella conversación. Pero en estos momentos la charla fué exclusivamente picaresca, pues Bousquier, que iba solo delante de los grupos, tarareaba sin sospechar siquiera su oportunidad la famosa canción de: *Me gustan todas*, etc. Para unos, Bousquier era un hombre que valía mucho y que había sido mal juzgado, y desde que había sido confirmado en su puesto por una nueva

institución real, el presidente Ronceret se inclinaba hacia él. Para otros, el proveedor era un hombre peligroso, de malas costumbres y capaz de todo. Lo mismo en provincias que en París, los hombres que logran sobresalir un poco se parecen á aquella estatua de la hermosa fábula alegórica de Addison, según la cual dos caballeros se baten llegando cada uno por su lado á la encrucijada donde aquélla se levanta; el uno dice que es blanca y el otro sostiene que es negra, y cuando al estar los dos en tierra la ven blanca por la derecha y negra por la izquierda, se presenta un tercer caballero á auxiliarles y afirma que es roja.

Al entrar en su casa, el caballero de Valois se decía:—Ya es hora de hacer correr mi matrimonio con la señorita Cormón. La noticia saldrá del salón de la señorita Gordes, irá directamente á Seez, á casa del obispo, pasará por mediación de los grandes vicarios á casa del cura de San Leonardo y éste no dejará de decírselo al cura Couturier. El anciano marqués de Gordes invitará al abate Sponde á comer, á fin de destruir un rumor que podría perjudicar á la señorita Cormón si yo me pronunciase contra él, y á mí si ella me rechazase. El cura aragará el anzuelo, y después la señorita Cormón no podrá negarse á una visita de la señorita de Gordes, la cual le demostrará la conveniencia y porvenir de esta alianza. La herencia del cura vale más de cien mil escudos, las economías de la muchacha deben ascender á más de doscientos mil francos, además de su palacio, la quinta de Prebaudet y quince mil francos de renta. Con una palabra á mi amigo el conde de la Fontaine seré alcalde de Alençon y diputado, y luego, una vez sentado en los bancos de la derecha, llegaremos á la dignidad de par, gritando: «¡Orden, ó despejo la sala!»

Al llegar á su casa, la señora Gransón tuvo una larga explicación con su hijo, el cual no quiso comprender la relación que existía entre sus opiniones y sus amores. Esta fué la primera disputa que turbó la armonía de aquel pobre hogar.

Al día siguiente, á las nueve, la señorita Cormón, destacándose como una pirámide en medio de los paquetes que cubrían su carroza, subía la calle de San Blas para trasladarse á Prebaudet, donde debía sorprenderla el acontecimiento que precipitó su casamiento y que no podía ser previsto por la señora Gransón, ni por Bousquier, ni por el

señor de Valois, ni por la propia señorita Cormón. La casualidad es el mejor de los artistas.

Al día siguiente de llegar á Prebaudet, la señorita Cormón estaba ocupada á eso de las ocho de la mañana en escuchar sucintamente, mientras almorzaba, los relatos de su guarda y de su jardinero, cuando Jacobito hizo una impetuosa entrada en el comedor.

—¡Señorita!—le dijo muy asustado—su tío de usted envía como propio al hijo de la señora Grosmort con una carta. El muchacho ha salido de Alençon, antes de amanecer, y ya lo tenemos aquí. ¡Ha corrido tanto como Pénélope! ¿Le doy un vaso de vino?

—¿Qué habrá podido ocurrir, Petra? ¿Le habrá pasado algo á mi tío?

—No escribiría—dijo la camarera adivinando los temores de su ama.

—¡Pronto, pronto!—exclamó la señorita Cormón después de haber leído las primeras líneas.—¡Jacobito, engancha á Penélope! Hija mía, arréglate en seguida, para tenerlo preparado todo dentro de media hora. Nos volvemos al pueblo.

—¡Jacobito!—gritó Petra movida por el sentimiento que expresó el rostro de la señorita Cormón.

Jacobito, instruido por Petra, se presentó diciendo:

—Pero, señorita, ¿no esperamos á que Penélope coma el pienso?

—Déjate ahora de piensos. Es preciso marchar al instante.

—Es que va á llover, señorita.

—Nos mojaremos.

—Algo gordo ocurre—dijo Petra entre dientes, picada del silencio que guardaba su ama mientras leía y releía la carta.

—Pero ¡cábele usted al menos de tomar el café! ¡no vaya á ser que se ponga enferma! Mire usted qué roja está.

—¿Estoy roja, Petra?—dijo la solterona yendo á mirarse á un espejo cuyo azogue se había caído en algunos sitios y que le ofreció la imagen de sus facciones doblemente desencajadas.—¡Dios mío!—pensó la señorita Cormón—¡si fuese ahora á ponerme fea! Vamos, Petra, vamos, hija mía, vísteme, quiero estar lista antes de que Jacobito haya enganchado á Penélope. Si no tienes tiempo de embalar los juguetes, los dejaremos aquí antes que perder un minuto.

Si hubieseis adivinado hasta qué punto había llegado en la solterona el deseo de casarse, comprenderíais su emoción. El digno tío anunciaba á su sobrina que el señor de Troisville, antiguo militar al servicio de Rusia y nieto de uno de sus mejores amigos, deseaba retirarse á Alençon y le pedía hospitalidad, apoyándose en la amistad que el cura tenía con su abuelo, el vizconde de Troisville, almirante en tiempo de Luis XV. El antiguo vicario general rogaba encarecidamente á su sobrina que volviese en seguida para ayudarle á recibir á su huésped y hacerle los honores de la casa, pues la carta había sufrido algún retraso y el señor de Troisville podía llegar de un momento á otro. Ante la lectura de la misiva de su tío, ¿podía la solterona preocuparse de los cuidados que exigía Prebaudet? En aquel momento, el guarda y el casero, testigos de la precipitación de su ama, se mantenían de pie esperando sus órdenes, y cuando quisieron detenerla un momento, á fin de recibir instrucciones, la señorita Cormón, la despótica solterona que lo escudriñaba todo en Prebaudet y que quería que todo pasase por sus manos, les contestó por la primera vez en su vida con un, *como ustedes quieran*, que les llenó de estupefacción, pues su ama llevaba sus cuidados administrativos hasta el punto de contar los frutos y clasificarlos, á fin de dirigir el consumo según el número de cada especie.

—Creo estar soñando—dijo Petra al ver á su ama volar por las escaleras cual un elefante al que Dios hubiera prestado alas.

No obstante una lluvia torrencial, la señorita no tardó en salir de Prebaudet dejando á sus criados llenos de asombro. Jacobito no se atrevió á sacar por su cuenta de su trote habitual á la apacible Penélope, la cual, semejante á la hermosa reina cuyo nombre llevaba, parecía dar tantos pasos adelante como atrás. Al observar esto, la señorita ordenó á Jacobito con voz agria que hiciese galopar á latigazos si era necesario á la pobre yegua, pues temía no poder arreglar convenientemente la casa para recibir al señor de Troisville. Rosa calculaba que el nieto de un amigo de su tío podría tener á lo sumo cuarenta años, que siendo militar debía estar necesariamente soltero, y, por consiguiente, la soltera, con la ayuda de su tío, se prometía no dejar salir de su casa al señor de Troisville en



el mismo estado en que entrase. Penélope galopaba: la solterona, soñando ya con la primera noche de boda, dijo varias veces á Jacobo que arrease; se movía en la carroza sin responder á las preguntas de Petra y hablaba sola como persona que madura grandes planes. Por fin, la calesa llegó á la calle mayor de Alençon que se llama de san Blas, entrando por la parte de Mortagne. Si la partida de la señorita Cormón hacía gran ruido en Alençon, cualquiera puede imaginarse los comentarios á que debió dar lugar su vuelta al día siguiente de su instalación en Prebaudet y con una lluvia torrencial que le castigaba el rostro sin que ella pareciese preocuparse de ello. Todo el mundo observó el extremado galope de Penélope, el aire taimado de Jacobo, lo matutino de la hora, los paquetes colocados sin orden ni concierto, y, por fin, la conversación animada de Petra y de la señorita Cormón, y, sobre todo, su impaciencia. Los bienes de la casa Troisville estaban situados entre Alençon y Mortagne, y Petra conocía las diversas ramas de la familia Troisville. Una palabra dicha por la señorita al llegar á la entrada de Alençon había puesto á Petra al corriente de la aventura, y, entablada la conversación entre las dos, había quedado sentado que el Troisville esperado debía ser un noble de cuarenta á cuarenta y dos años de edad, soltero y ni rico ni pobre. La señorita Cormón se veía ya vizcondesa de Troisville.

—¡Y mi tío que no me dice nada, que no sabe nada y que no se informa de nada! ¡Oh! qué manera de ser tiene. Sería capaz de olvidarse la nariz, si no la llevase pegada á la cara.

¿No habéis observado que las solteronas se convierten, como Ricardo III, en ciertas circunstancias, ocurrentes, feroces y atrevidas, y que, cual estudiantes borrachos, no respetan nada? Sabedora en un momento la villa de Alençon de esta vuelta precipitada, acompañada de graves circunstancias, quedó perturbada en todas sus vísceras públicas y domésticas. Las cocineras, los tenderos y los transeuntes se comunicaron esta nueva, la cual, ascendiendo después á las regiones superiores, no tardó en originar el que las siguientes palabras estallaran como una bomba en todas las casas:

—¡La señorita Cormón ha vuelto!

Al mismo tiempo, Jacobo abandonaba el banco de madera

pulida por un procedimiento que ignoran hoy los ebanistas, banco que ocupaba la delantera de la calesa, y abría él mismo la gran puerta verde ovalada por arriba y cerrada en señal de duelo, pues mientras duraba la ausencia de la señorita Cormón, las reuniones cesaban, y sólo los más fieles concurrentes iban por turno á hacer compañía al abate Sponde. El señor de Valois pagaba su deuda invitándole á comer á casa del marqués de Gordes. Jacobo llamó familiarmente á Penélope, que se había quedado en medio de la calle, y el animal, que se había acostumbrado á este manejo, tomó la puerta, penetró en el patio cuidando no estropear las flores y después Jacobo lo tomó por la brida y lo detuvo delante de la escalinata exterior.

—¡Marieta!—gritó la señorita Cormón.

Pero Marieta estaba ocupada en cerrar la puerta grande.

—¿Señorita?

—¿No ha venido ese señor?

—No, señorita.

—¿Y mi tío?

—Está en la iglesia, señorita.

Jacobo y Petra estaban en este momento en el primer pedazo de la escalinata, y tendían los brazos para ayudar á bajar á su ama, la cual se izaba á sí propia agarrándose á las cortinas. La señorita se arrojó en sus brazos, pues hacía dos años que no quería arriesgarse á servirse del estribo de hierro, y cuando estuvo en lo alto de la escalinata, contempló su patio con aire de satisfacción y dijo:

—Vamos, vamos, Marieta, deje usted la puerta y venga.

—¡La cosa está que arde!—dijo Jacobo á Marieta cuando la cocinera paró cerca de la calesa.

—Vamos á ver, hija mía, ¿qué provisiones tienes?—dijo la señorita Cormón sentándose en la banqueta de la antesala como persona reventada de cansancio.

—Ninguna—dijo Marieta poniendo los brazos en jarras.

—La señorita ya sabe que durante su ausencia el señor cura come siempre fuera; ayer fui á buscarle á casa de la señorita Armanda.

—¿Y dónde está ahora?

—En la iglesia, y no volverá hasta las tres.

—Mi tío no piensa en nada.—¿No podía haberte mandado al mercado? Mira, Marieta, vete ahora, y sin tirar el dinero, no ahorres nada y compra lo mejor y lo más delicado que

haya. Vete, además, á la administración de coches á ver qué medio habría de procurarse pasteles, y compra cangrejos del Brillante. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—¡Dios mío! Marieta, no pierdas el tiempo en charlar, porque la persona que espera mi tío puede venir de un momento á otro, y si tuviéramos que darle de almorzar, nos veríamos en un apuro.

Marieta se volvió hacia Penélope, que estaba bañada en sudor, y miró á Jacobo de una manera que quería decir:

—¡Esta vez sí que caza la señorita un marido!

—Josefa—repuso la solterona,—ahora entre las dos tenemos que ver de preparar el dormitorio para el señor de Troisville.

¡Con qué dicha fué pronunciada esta frase: *Preparar dormitorio para el señor de Troisville!* ¡Cuántas ideas había en estas palabras! La solterona estaba inundada de esperanzas.

—¿Quiere usted acostarle en el cuarto verde?

—En el de monseñor el obispo; no, porque está demasiado cerca del mío—dijo la señorita Cormón.—Eso era bueno para monseñor, que era un santo varón.

—Déle usted la habitación de su tío.

—Está tan desnuda, que resultaría indecente.

—¡Caramba! señorita, haga usted colocar en un momento una cama en su gabinete, que tiene chimenea. Seguramente que Moreau tendrá en su almacén alguna cama que sea poco más ó menos semejante á la tela con que está tendido el cuarto.

—¡Tienes razón, Josefa! Mira, corre á casa de Moreau, y yo te autorizo para que consultes con él acerca de lo que sea necesario hacer. Si la cama (¡la cama del señor de Troisville!) puede ser traída esta noche sin que el señor de Troisville se aperciba de ello, en el caso de que llegase mientras Moreau estuviese aquí, dile que lo haga. Si Moreau no se compromete, colocaré al señor de Troisville en el cuarto verde, sin embargo de estar tan cerca del mío.

Ya se marchaba Josefa, cuando su ama la llamó y le gritó con voz formidable y llena de espanto:

—Explícaselo todo á Jacobo y que vaya él mismo á casa de Moreau. ¡Y mi tocado! ¡Estaría bueno que el señor de Troisville me sorprendiese así sin tener aquí á mi tío para que lo recibiese! ¡Oh, tío, tío! Ven, vas á vestirme.

—¿Y Penélope?—dijo imprudentemente Josefa.

Los ojos de la señorita Cormón despidieron llamas por la primera vez en su vida.

—¡Siempre Penélope! ¡Penélope por aquí! ¡Penélope por allá! ¡Es acaso Penélope el amo?

—Pero si está bañada en sudor y no ha comido el pienso.

—¡Eh! ¡que reviente!—exclamó la señorita Cormón,—pero que yo no deje de casarme—pensó para sus adentros.

Al oír aquella exclamación, que le pareció un homicidio, Josefa quedó un momento parada, y después, á un gesto de su ama, subió apresuradamente la escalinata, aunque no sin decirle en voz baja á Jacobo:

—Jacobo, la señorita tiene el diablo en el cuerpo.

De esta suerte, todo estuvo de acuerdo durante aquel día para preparar el gran golpe teatral que decidió de la vida de la señorita Cormón. La villa estaba ya preocupada á causa de cinco circunstancias agravantes que acompañaban la súbita vuelta de la señorita Cormón, á saber: la lluvia torrencial, el galope de Penélope, sudorosa y jadeante, la hora matutina, los paquetes en desorden y el aire singular de la solterona. Pero cuando Marieta hizo su invasión en el mercado para llevárselo todo, y cuando Jacobo se presentó en casa del tapicero principal de Alençon, situada á dos pasos de la iglesia, para comprar una cama, estos dos hechos dieron materia para las más graves conjeturas. Esta extraña aventura se discutió en las calles y en los paseos, y ocupó á todo el mundo, hasta á la señorita Armanda, en cuya casa se encontraba entonces el caballero de Valois. Dos días después de ocurrir esto, la villa de Alençon estaba agitada por acontecimientos tan capitales que algunas mujeres decían:

—Pero ¿ha llegado el fin del mundo?

Esta última exclamación se resumió en todas las casas por esta frase:

—Pero ¿qué ocurre en casa de los Cormón?

El abate Sponde, interrogado con astucia cuando salió de San Leonardó para ir á dar un paseo con el abate Couturier, respondió bonachonamente que esperaba al vizconde de Troisville, hidalgo que estuvo al servicio de Rusia durante la emigración y que volvía á vivir á Alençon. De dos á cinco de la tarde, una especie de telegrama labial corrió por toda la villa y comunicó á todos los habitantes que la señorita Cormón había encontrado al fin un marido por correspon-